

dormidos“,¹ y os hiera con una muerte repentina.² Comprendiendo, pues, la necesidad de prepararnos para la muerte, pongamos todo nuestro esmero en cumplir este deber, y no seamos tan imprudentes y temerarios que demoremos esta preparación, si no queremos que la muerte nos sorprenda ó un golpe imprevisto nos lleve al sepulcro.

ARTÍCULO II

NO DEJAR DE UN DIA PARA OTRO LA PREPARACIÓN PARA LA MUERTE

Bien conocemos la necesidad de prepararnos para la muerte; mas nos persuadimos de que siempre habrá tiempo para pensar en ella. Esperanza engañosa, cuya frágil base irá siendo puesta de manifiesto en el curso de este trabajo: veremos, pues, no solamente que es necesario prepararse para la muerte, sino también que es necesario prepararse sin tardanza. En efecto, es menester que un hombre haya perdido el sentido para demorar siempre el ocuparse seriamente de un negocio tan importante. Confesamos que la principal condición de una buena muerte es la buena preparación,

¹ Marc. 13. 35.

² Prov. 29. 1.

porque solamente serán llamados dichosos aquellos siervos á quienes su Señor encontrare velando cuando venga.¹ Convenimos en que no estamos seguros ni de un sólo día de vida y en que Dios, según la hermosa advertencia de San Gregorio, *ofreciendo el perdón al hombre penitente, no promete el día de mañana al pecador que lo retarda.*² Confesamos que podemos morir á cada instante, *que no estamos separados de la muerte más que un paso.*³ No tenemos certidumbre de vivir el día de mañana, y menos aún muchos años. La muerte herirá hoy y mañana á muchos hombres que se imaginaban estar distantes aún del término de su vida. Como ellos, podemos ser sorprendidos. ¡Qué temeridad, pues, qué deplorable locura, en el momento en que leemos esta advertencia, dejar de un día para otro nuestra preparación para la muerte!

Esta funesta demora en los cristianos á quienes engaña, me parece una conducta verdaderamente maquiavélica. Véase bien á continuación, como la santa Escritura me autoriza á dar contra ellos esta acusación: “*El tiempo de nues-*

¹ Luc., 12. 37.

² Homil. 12, sobre el Evang

³ Reyes, 20. 3.

*tra vida es corto, dicen, y no es más que una sombra;*¹ *mañana moriremos.*² ¿Y qué van á deducir de aquí? ¡Oh cielos! ¡qué consecuencias tan insensatas! “*Venid, continúan, “gocemos de los bienes presentes, coronémonos de rosas, antes que se sequen; que no haya praderas en donde nuestra intemperancia no se señale... Embriaguémonos de vinos exquisitos, comamos y bebamos.*”³ ¡Oh demencia! ¡Oh extravagante abuso de la razón!

Nos ruborizaríamos, es cierto, como cristianos, de sostener estas máximas enteramente paganas, y de convenir en esas absurdas consecuencias. Mas, puesto que las reprobamos, ¿por qué habíamos de conformar á ellas nuestra vida? Y pues nuestros discursos las rechazan ¿por qué las habíamos de admitir en nuestra conducta, pensando tan poco en la muerte, y, á pesar de la necesidad de prepararnos, dejándolo un día para otro?

Hemos dicho que *nuestra vida es corta*, y que pasa como la sombra; sabemos que nuestra carrera puede terminar mañana, y no obstante, descuidando nuestros intereses eternos, gozamos de los

¹ Sab 2. 1. et 5.

² Isai. 22. 13.

³ Sab 2. 6.

bienes presentes, ávidos de placeres, *nos coronamos de rosas*; y olvidando las delicias del cielo, *nos embriagamos con vinos exquisitos*. Comemos y bebemos: todos nuestros cuidados son para nuestro cuerpo, abandonando nuestra alma, y una preparación seria para la muerte es el menor de nuestros cuidados. ¿No es esto parecer católicos en nuestras palabras, mientras que nuestras acciones no convienen más que á los ateos?

Siempre tendremos tiempo, dicen algunos, para hacer esos tristes preparativos: no hay ningún peligro en retardarlos: no urge tanto: algún día nos prepararemos. Si hay fondo en tales excusas, Jesucristo exageró sus instancias hasta la importunidad, cuando repite tantas veces: *Tened cuidado, velad, estad preparados.*¹ Oh ¡cuántas almas arden en el infierno, que reflexionaron y obraron como nosotros, y que han caído no obstante en la perdición eterna! El infierno está lleno de esas convicciones y de esas resoluciones insuficientes. Mas, pesemos aquí todos nuestros pretextos con el peso del santuario, y examinémoslos con la luz de las divinas Escrituras. Decís que tendréis siempre tiempo. Os engañáis; *día vendrá en que no tengáis ya*

¹ Marc. 13

tiempo.¹—Pero no hay peligro en aplazarlo.—Nuevo error: *esta noche tal vez os pedirán cuenta de vuestra alma.*²—No urge tanto.—¿Qué, todos los días y en todos los instantes no estáis en peligro de morir? *Del mismo modo que los peces quedan presos en el anzuelo y las aves en las redes, así los hombres son sorprendidos por la muerte.*³—Me prepararé cualquier día.—¿Quién, pues, os ha asegurado el día de mañana? *Este día ó esa hora de la muerte, nadie los conoce.*⁴—Considerad, os dice San Bernardo, *que no podréis tal vez hacer mañana lo que el día de hoy está en vuestro poder.*⁵—Puede ser que si Dios os concede el día presente, os niegue el de mañana.

Vosotros objetáis aún: Una fuerte constitución, un espíritu lleno de energía y una juventud floreciente, me dan una entera confianza de que no tengo que temer peligro próximo de muerte.—Mas el evangelio enseña lo contrario; Jesucristo hace de ello un punto de nuestra fe; la experiencia diaria os contradice. ¿A quién, pues, creereis vos? *“El hombre se eleva como la flor y se desvanece como*

¹ Apoc. 10. 6.

² Luc. 12 20.

³ Eccl.

⁴ S. Bern. Carta 2.^a á Roberto.

⁵ Marc. 13 32.

*la sombra*¹.—*En medio de sus días desciende á las puertas del sepulcro, de la mañana á la noche concluye su carrera*². He aquí el testimonio que nos da el Espíritu Santo. ¿Y dudaréis aún? ¿A cuántos ha herido ya la muerte, y á cuántos herirá el día de hoy, á pesar de ser más jóvenes, más vigorosos y de mejor temperamento que vos? La muerte es ciega y no repara ni en la frescura de los años, ni en la fuerza de los miembros. El más ligero accidente, una teja caída de lo alto de un tejado, basta para destruir toda la admirable construcción del cuerpo y para que sea pronto reducido á un puñado de cenizas.

—¿Puede ser que ahora no muera! ¿Puede ser! Palabra lamentable. Puede ser también que murais; *porque el hombre no conoce su fin*³. ¿Expondreis, pues, vuestra eternidad al acaso? ¿Hareis depender de un acontecimiento incierto la salvación de vuestra alma, la posesión de Dios y del cielo? ¿Estais enfermo? Llamais al médico. ¿Para qué es esta precaución? ¿no podeis curar sin los socorros del arte? Ciertamente; pero escojo lo más seguro, porque se trata de la vida. ¡Insensato! ¡escogéis lo más seguro

¹ Job, 14, 2

² Isai 38, 10.

³ Eccl 9, 12.

para conservar la vida del cuerpo, y cuando se trata de la vida del alma, abandonais el éxito al acaso! Más os valdria seguir el consejo de San Crisóstomo, que os dice: *Acordaos de que se trata de vuestra alma, del cielo y de la eternidad*¹.

Puede ser, no obstante, añadís, que ahora no muera.—Sea: mas si sucede lo contrario, *¿cómo saldreis de este mundo y para dónde?* pregunta San Agustín. ¡Ah! no os arrojeis en una eterna desgracia; escoged el partido menos dudoso. Si vuestros años se prolongasen en la tierra, no sentireis jamás el haber comenzado desde hoy á prepararos para la muerte, puesto que nadie puede prepararse ni muy bien ni muy pronto. Son innumerables los que han descuidado este deber y no han recogido de su pereza más que la pena y el arrepentimiento. Interrogad á los santos: no hay ni uno solo que sienta el haberse preparado en buena hora para la muerte. Dirigíos á los condenados: ¡qué lúgubre respuesta! ¡Sólo son lágrimas, y lágrimas eternas!

Si queréis veros libres de tristezas semejantes, tomad desde ahora la resolución de prepararos para merecer una muerte dichosa, aun cuando hubieseis

¹ S. Cris. 22, homil.

recibido la seguridad de una larga vida. Porque si descuidáis esta preparación, ahora que podéis, puede ser que no podáis cuando lo quisieréis. Muchas veces Dios no tiene intención de conceder mañana el socorro que hoy os ofrece: no despreciéis, pues, su misericordia, os dice San Bernardo, si no queréis probar su justicia; tenéis necesidad de tiempo y de una gracia especial para prepararos bien para la muerte: y os dan lo uno y lo otro en este momento. Si no hacéis de esto buen uso, puede que seáis privado de esas gracias en lo sucesivo; tal vez Dios, no escuchando ya sino que su justicia, castigará vuestro culpable abuso de la gracia y del tiempo con una severa negativa de este doble beneficio. Temed, pues; preparaos á la muerte en tiempo conveniente, lo más pronto posible y sin demoras ni pretextos.

Es que ahora no tengo tiempo, pues la multitud de negocios que llevo entre manos me absorbe todo entero.—¡Inexcusable pretexto! Todos los negocios importantes del mundo, no son más que bagatelas comparados con el gran asunto de la eternidad. He aquí lo que nos enseña la Fe. ¡Sacrificaréis, pues, para alcanzar frivolidades, el tiempo que debéis á vuestros intereses eternos! Para jugar, dormir, recrearos y conversar, en-

contráis fácilmente el tiempo necesario; mas, para pensar en vuestra alma, en el cielo y en el infierno, y para prepararos á la muerte, no tenéis un momento libre. ¡Oh desarreglo de la razón! andamos prodigando los meses y los años en frivolas ocupaciones, y, avaros de nuestro tiempo para el asunto de la eternidad, nos negamos á consagrarle un solo día. ¿Cuándo, pues, en fin, exclama San Crisólogo, cuándo daremos á Dios tanto como al mundo, al cielo tanto como á la tierra, á la virtud tanto como al vicio? ¿Qué digo? No se nos exige tanto: no se pretende que concedamos á Dios, al cielo y á la virtud, tanto como hemos dado al mundo, á la tierra y tal vez á nuestros vicios: sólo se nos propone emplear un día para prepararnos para la muerte: se nos pide únicamente que hagamos á lo menos el consejo de San Crisólogo, quien nos pide reservemos un día para nuestra alma, después de haber sacrificado años y más años á nuestro cuerpo; que vivamos un poco para Dios, después de haber vivido tanto para el mundo; que demos alguna tregua á los cuidados domésticos¹ y no fundemos nada en la peligrosa esperanza de ver prolongarse nuestra carrera. ¡Funesta confianza, en

¹ S. Cris. homil. 22, sobre la 2.^a á los Cor.

efecto, colocada en el sendero de nuestra vida como una piedra de choque contra la cual viene á quebrantarse y anodarse la obra de nuestra preparación para la muerte, y que es por consiguiente de la mayor importancia hacer desaparecer!

No hay medios que Dios no emplee para desilusionarnos de esta engañosa confianza en un largo porvenir. En mil pasajes de la Escritura nos ha revelado por el ministerio de sus profetas, apóstoles y evangelistas, la vanidad de esta falsa esperanza. Con el mismo fin envió *de lo alto del cielo, según se refiere en el Apocalipsis, un ángel fuerte y poderoso, cuyo rostro era como el sol, y los pies como columna de fuego; estaba revestido de una nube y coronado del arco-iris.* A fin de hacer, por la majestuosa actitud de su cuerpo, que todos los hombres escuchasen la sentencia del soberano Juez, el ángel colocó su pie derecho sobre la mar, y su pie izquierdo sobre la tierra, y semejante á un león que ruge, gritó con una voz sonora cuyos ecos, como los de un trueno, se oían hasta las extremidades del mundo y despertaban de su entorpecimiento los corazones más adormecidos.

El heraldo celestial, en el momento solemne de anunciar al mundo la senten-

cia del Altísimo, *levantó la mano hacia el cielo*, para apelar al testimonio de los santos que le habitan, y queriendo, en fin, asegurar á sus palabras la autoridad infalible de la divina majestad, *juró por Aquel que vive en los siglos de los siglos,*¹ *que ha criado el cielo y la tierra.* Mas ¿cuál era, pues, el temible misterio cuya manifestación pedía un aparato tan formidable? Escuchad, y temblad oyendo el terrible decreto de los consejos del Señor. El ángel exclamó en alta voz, y juró “que no había ya tiempo.” No; en el orden ordinario de la Providencia, el que en el momento oportuno se olvida de prepararse para la muerte, no tendrá luego tiempo de hacerlo; no tendrá tiempo, á menos de una gracia especial, el imprudente que va dejando esta preparación de día en día y de año en año. Así lo ha jurado por Dios mismo, contra esos indignos aplazadores, el ángel exterminador.

Y á pesar de tal amenaza, ¿podría haber un hombre bastante pródigo de su salvación que se atreviese á decir: “Ya tendré tiempo de prepararme después de este negocio, de tal fiesta, al regresar de tal viaje, á fines de año, en la cuaresma próxima, dentro de un mes; ya me pre-

¹ Apc. 10. 1 y sig.

pararé?” ¡Temerario! ¿Quién, pues, os ha prometido ese tiempo? ¿quién os ha asegurado la gracia? Cada día la experiencia viene á desengañaros con muertes imprevistas. Los ángeles, los santos, Jesucristo mismo os afirma bajo juramento que el tiempo será negado; los condenados, á quienes una vana esperanza ha perdido, á quienes el tiempo con el cual contaban ha faltado, y á los que la muerte ha sorprendido, precipitándolos en la tumba y de allá en el infierno; sí, los condenados, por sus inconsolables gemidos, conspiran para disipar vuestra ilusión. Mas vos sólo persistís en prometeros tener tiempo, cuando todos en el cielo, en la tierra y en los infiernos, os gritan que el tiempo será implacablemente negado.

No; no puede ser más que una falta de fe, ó de razón, el que después de esas consideraciones cerremos aún, ciegos voluntarios, los ojos de nuestra alma á una luz tan penetrante, y descuidemos prepararnos seriamente y sin tardanza para la muerte, y si, en la vanidad de nuestros cálculos, fiándonos de nuestra juventud y de la fuerza de nuestra complexión, nos halagamos con estar aún por largo tiempo en la tierra. ¡Insensato! exclama el piadoso Kempis, ¿cómo soñais con numerosos años, vos que no teneis ni un

sólo día seguro? Vos, que no podeis responder de la hora presente, ¿qué certidumbre teneis, pues, del día de mañana? ¿Quién sabe si el principio de la fiebre que debe pronto destruir vuestra vida no obra ya sin que lo sepais en vuestro interior? ¿si hoy mismo durante vuestra comida, la muerte no os escogerá por víctimas? ¿si en medio de vuestras diversiones no extenderá sobre vos su mano helada? Porque nuestro cuerpo todo entero y hasta en lo que encierra de más esencial para la conservación de su vida, la sangre, el bazo, el hígado y el corazón, contienen mil gérmenes de muerte; y los mismos alimentos con que se nutre contribuyen por su parte á su disolución.

¡Cuántos, antes de nosotros, dice la Imitación, han sido engañados y arrancados súbitamente de su cuerpo,¹ en el momento en que su loca presunción dilatada, sin medida, el término de sus días! Cuidémonos de no ser sorprendidos como ellos, y que no se diga mañana de nosotros, como nosotros decimos de ellos: ¿Quién habría creído que tal persona debiese morir tan pronto y tan súbitamente? En efecto, el que está bien hoy, puede mañana ser un cadáver. Ha-

¹ Imit. lib. á c. 23.

ced, pues, ahora, amado hermano, concluye la Imitación, *haced todo lo que podais, porque no sabeis cuándo habeis de morir.*

No dejéis para mañana un asunto tan importante como vuestra preparación para la muerte. *Mañana es un día incierto*¹ y no sabéis si tendréis ese día de mañana. Así como nuestra fidelidad en prepararnos para la muerte es un medio seguro de obtener un fin dichoso, del mismo modo el olvido de este deber es un grande obstáculo para una buena muerte: es, pues, muy necesario, que tratemos de prepararnos, y de prepararnos sin tardanza: por consiguiente, desde hoy, desde ahora mismo, sin demora, dispongamos nuestra alma para dejar el lugar de su destierro.

¡Imprudente! ¿Qué he hecho yo hasta aquí? ¿cuántos días y horas he empleado en prepararme para la muerte? ¡Dios mio! si tal día, á tal hora, después de tal falta, yo hubiese muerto en aquel desgraciado estado, ¿en dónde estaria actualmente? ¡Ah! ¡bien puedo exclamar con San Agustín: *Si me hubieseis entonces sacado de este mundo, ¿en dónde estaria yo, sino en las llamas y los tormentos que habian merecido mis pecados?*²

¹ Ibis.

² S. Agus. Conf. I, 51-31

Tiemblo al pensar que el mismo año, el mismo día y tal vez á la misma hora, murieron muchos que eran mejores que yo y que, como yo, se prometían aún larga carrera. No obstante, *han muerto y han sido sepultados en el infierno.*¹ ¿En dónde estaría yo mismo si hubiese expirado entonces en mi pecado? ¿cuál sería hoy mi morada? Si; *poco ha faltado para que mi alma cayese en el infierno,* y caído hubiera, si el *Señor no me hubiese prestado su apoyo.*¹ Estoy decidido: yo quiero corresponder á la gracia presente, aprovechar el tiempo que se me ofrece, aplicarme enteramente y sin tardanza al más importante de todos mis intereses, y comenzar, en fin, desde el día de hoy á prepararme para la muerte. Porque tiemblo al pensar que, por la pérdida del tiempo que me queda, puedo conquistarme las penas eternas, é ir á aumentar el número de los infortunados á quienes una fatal demora condujo á los abismos.



¹ Luc. 16-22. Sal 93-17.



SEGUNDO MEDIO

No dejar para cuando sobrevenga nuestra última enfermedad el cuidado de prepararnos para la muerte.

Es un juego lleno de peligros, una temeridad culpable, una flagrante oposición con las reglas de la Fe, eso de ir indefenso al último y decisivo combate de la vida, y llegar á la hora de la muerte sin habernos preparado para recibirla. Todos convenimos en este principio, cuya verdad se nos ha demostrado. Deseamos estar preparados para nuestra última hora; mas, engañados por el demonio, dejamos casi toda esta preparación para un tiempo en que, no siendo ya capaces de nada, en vez de tener que comenzar esta obra tan importante, deberíamos ya tenerla felizmente acabada; ¿y quién sabe si será para un tiempo